

HIJA DE SIÓN, María de la esperanza.

Juan Guillén Torralba
Profesor del C.E.T. de Sevilla

Desde la hondura de la fe confiada que caracteriza al Antiguo Testamento, se perfila un conjunto de mujeres que servirán de signo a María, mujer y madre del Mesías, fuente de esperanza. En las religiones primitivas la mujer, y sobre todo la que está encinta, es el signo por excelencia de la espera confiada; en ella se oculta y revela la vida. Está representada con el vientre abultado, con senos plenos o múltiples, desvelando que los hombres vieron y siguen viendo en lo femenino y sublimemente en la mujer motivos y razones para no desesperar.

Isaías descubre en el vientre grávido de una joven, en el todavía no nato, la señal de que Dios no abandonará jamás a su pueblo:

*Mirad: la joven está encinta y dará a luz un hijo
y le pondrá por nombre Dios con nosotros...
Antes que el niño aprenda a rechazar el mal y escoger el bien,
quedará abandonada la tierra de los dos reyes que te hacen temer (Is 7,14-16)¹.*

En el Nuevo Testamento, el libro del Apocalipsis retoma la figura de

¹ El estudio de Asurmendi, enmarcando y analizando el texto, me exime de entrar en detalles exegeticos; subrayo el simple, y a la vez, profundo mensaje de esperanza que connota el oráculo: J.M^a Asurmendi, *La guerra siro-canaanita. Historia y profetas*. Valencia-Jerusalén, 1982, pg. 59-66.

la mujer envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas. Está encinta, gritaba por los dolores del parto y el tormento de dar a luz... (Apc 12,1ss). Ese hijo, que no es Jesús, sino la comunidad que en Jesús cree, se salvará de los asaltos del dragón infernal².

Volviendo al Antiguo Testamento, que encierra tantos motivos para creer y esperar, vemos cómo, para subrayar los motivos que el creyente tiene para mantenerse firme en su fe confiada, retrata a la mujer en situaciones límites, cuando parece que sólo queda la negrura de la desesperación. Y será una mujer la que representa el vigor de la entrega o la destinataria del mensaje: mujer y mensaje que son signos de que el Señor no olvida a los hombres por tenebroso que sea el futuro que se avecina o el momento que le toca vivir.

Así tanto los libros narrativos como los poéticos, cuando quieren subrayar situaciones difíciles o imposibles de superar, recurrirán a imágenes en las que una mujer se halla completamente desasistida o impotente: la estéril, cerrada a la bendición-vida; la virgen, porque de igual manera su seno no concebirá; también la viuda, inerme y sin derechos; o la madre que ha perdido a sus hijos, su muerte significaba la más terrible de las pérdidas. La mujer representaba a la humanidad, al pueblo, a la familia e incluso al individuo, frustrado, estigmatizado, condenado a la desesperación y sin salida. Dios se va a dirigir a todos los desesperados para que vean en esa misma mujer la respuesta a sus miedos, dolor y desconfianza.

Leamos ahora en el Libro Santo algunos de estos mensajes, dirigidos a un personaje femenino, cercado por el dolor, cuya desesperación está más que justificada; pero a quien el Señor anuncia una liberación que trae consigo la alegría. Sirva de ejemplo este precioso mensaje del profeta Sofonías, pronunciado en los días que, allá por el siglo VII a.C., la ciudad de Jerusalén se debatía en la más absoluta de las miserias y los miedos, esperando de un día a otro la llegada del invencible y temible ejército enemigo. El profeta se dirige a Sión, que es a la vez la ciudad y quienes habitan en ella:

*¡Canta himnos, hija de Sión, alégrate,...
regocíjate y goza de todo corazón, hija de Jerusalén!...
El Señor, rey de Israel, está en medio de ti:
no tienes que temer ya ningún mal...
¡El Señor tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador!*

² Esta tipología es el eje fundamental de la obra P. Grelot, *Sens chrétien de l'Ancien Testament*. Paris 1962 (Hay traducción española); sobre nuestro texto, pg. 322.

*Lleno de gozo por tí, con su amor te dará nueva vida,
bailará y gritará de alegría por tí
como en los días de fiesta (3,14-17).*

Notad que la razón para que la hija de Sión se alegre y espere su salvación, aun cuando el peligro no haya pasado, reside en el dato preciso que, en tan pocos versos, se repite dos veces: *El Señor está en medio de ti...*; *El Señor tu Dios está en medio de tí, ¡poderoso salvador!* En el anuncio a María escuchamos el eco de estas palabras, cuando el ángel le dice: *Concebirás en tu vientre*, una frase que responde al hebreo *dentro de tí*. María de la esperanza tiene en su seno la razón para alegrar a la nueva Jerusalén, a la humanidad entera que busca en sus ojos motivos para creer y confiar³.

Un siglo después, otro gran profeta y poeta, anónimo y que conocemos como Segundo Isaías, se dirigía a la misma mujer que sintetizaba todas las desgracias del mundo: estéril y esposa repudiada, madre que ha perdido a todos sus hijos o viuda sin consuelo. Y en un poema, que se lee en Isaías 54,1-10 y que podemos titular: *De cómo el amor hace posible lo imposible*, le anuncia que todo ha cambiado; en él se acumulan las antinomias para subrayar que siempre hay un resquicio para la esperanza, cuando el Señor interviene en la historia.

*Alégrate, la estéril, que no dabas a luz,
rompe a cantar de júbilo la que no tenía dolores;
porque la abandonada tendrá más hijos que la casada, dice el Señor⁴
Ensancha⁵ el espacio de tu tienda,
despliega sin miedo tus lonas,
alarga tus cuerdas, hinca bien tus estacas;
porque te extenderás a derecha e izquierda.
Tu estirpe heredará las naciones
y poblará ciudades desiertas (Is 54,1-3).*

³ J. Spreafico, *Sofonia. Commentario storico ed esegetico all'Antico Testamento*. Génova 1991, pg. 182-190; C.F. Keil-F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament*, 10: *Zephaniah*. Grand Rapids, 1989, pg. 161.

⁴ Cfr. Gal 4,27: San Pablo ve reflejada en este texto a la Iglesia; nosotros unimos María-Iglesia.

⁵ El texto hebreo lee en plural; quizá hay que interpretarlo como impersonal: que sean ensanchadas tus tiendas. Nosotros, con la mayoría de los autores, lo vemos como un imperativo por el contexto, cfr. P.E. Bonnard, *Le Second Isaïe. Son disciple et leurs éditeurs. Isaïe 40-66*. Paris 1972, pg. 287.

Comienza con una afirmación impactante: la estéril sufrirá los dolores del parto y tendrá tantos hijos que deberá ampliar su tienda. La esterilidad, una vergüenza peor que la muerte, va a terminar. Notad como abundan los imperativos: *Alégrate,... rompe a cantar de júbilo...; Ensancha el espacio..., despliega tus lonas, alarga tus cuerdas, hinca bien tus estacas...* Se cumplirán las promesas patriarcales: *tu descendencia se multiplicará como el polvo de la tierra y ocupará el oriente y el occidente, el norte y el sur* (Gen 28,14; 17,6-7): se abre un portón a la esperanza de quien se creía sola y maldita⁶. Es una mujer y en ella se fija el Señor como objeto de su amor. Oid cómo sigue:

*Olvidarás el bochorno de tu soltería,
ya no recordarás la afrenta de tu viudez.
El que te hizo te tomará por esposa:
su nombre es el Señor de los ejércitos...
Como a mujer abandonada y abatida
te vuelve a llamar el Señor;
como a esposa de juventud, repudiada,...
Por un instante te abandoné,
pero con gran cariño te reuniré.
En un arrebato de ira te escondí un instante mi rostro,
pero con misericordia eterna te quiero,
dice el Señor, tu redentor (Is 54,4-8).*

Esta mujer, signo y destinataria del mensaje, relega al olvido su soltería y su viudez: términos contradictorios, significando el fin de cuanto representaba el abandono, la soledad, el dolor y la desesperanza. La mujer recibe una garantía, que es el amor que su esposo recobrado le promete. El nuevo encuentro superará con creces la experiencia anterior. A la doncella la desposa el Señor, la viuda recobra a su marido que la mira como a la esposa de su juventud. Si hubo un desacuerdo, una ruptura, todo se acabó, porque, cuando se trata de Dios, siempre triunfa el amor y la misericordia⁷.

Hermoso es el mensaje y preciosas las palabras: una mujer llorando porque ha perdido a su hijo, que son todos los hijos; desolada, porque no hay quien pueda llenar el vacío que esa muerte conlleva; viuda, porque

⁶ Nótese la situación de desgracia, antinómica, a la que responde este oráculo, se lee con la misma metáfora y casi con los mismos vocablos en Jr 10,20: Mi tienda está deshecha, las cuerdas arrancadas, se me han ido los hijos y no queda ninguno, no hay quien plante mi tienda y sujete las lonas.

⁷ P. Bonnard, o.c. pg. 292.

cree que su esposo la ha abandonado, recibe en las curvas de su camino un mensaje que le hace sonreír y esperar aun cuando sólo en la fe más decidida motive su esperanza. María, rota por la desgracia, tiene fuerzas para sonreír, al recordar el poema que su Dios dirigía a su pueblo y a ella: *Si por un instante te abandoné, con gran cariño volveré. Si crees que en un arrebato de ira te escondí un instante mi rostro, sabe que con misericordia eterna te quiero, te dice el Señor, tu redentor.*

Son tantas las figuras de la Virgen y numerosos los episodios y oráculos que pueden tener como objeto a la Madre de Jesús, que siento pena cuando escucho decir que de ella habla poco la Biblia. ¿Poco? o ¿es que la leen y meditan poco quienes esto afirman? Quiero desentrañar dos figuras del Antiguo Testamento que evocan características de la Virgen como signo de esperanza⁸.

1. Eva, la madre primordial, nos sirve de puente para llegar a María.

Eva es uno de esos signos tan ricos que siempre ofrece una nueva cara, un matiz original. Madre de la humanidad, simboliza también a la reina de Jerusalén, a la Gebirá, la mujer amada del monarca y madre del heredero, puente que une al trono con la historia y que garantiza la continuidad de unas relaciones íntimas entre Dios y su pueblo. Grande es el rey de Jerusalén, pero el rey lo es gracias a la mujer que le dio el ser. Por eso Adán está incompleto sin ella, porque no puede transmitir vida. Y en el relato del drama del Edén ni el huerto divino, su reino, ni su sabiduría que le hace dominador del mundo animal, ni siquiera la amistad con su Hacedor, llenan el vacío, solucionan su soledad. El rey necesita a su reina, el marido a su esposa, el hombre a la mujer⁹. Tras la desesperación de un mundo perdido, de una muerte amenazante, es Eva quien garantiza la continuidad, por eso su esposo la llamará Vida. Eva es la vida y esperanza en un mundo estepario, estéril y enemigo¹⁰.

Un hijo, descendiente de la mujer-reina, acabará con el poder de la generación de la serpiente: sobre las brumas de la leyenda y el mito resplandece este mensaje de esperanza¹¹. Una mujer dará a luz un hijo en

⁸ A. Gelin, *Los pobres de Yahvé*. Barcelona 1963, pg. 109-117.

⁹ G. von Rad, *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca, 1977, pg. 101-103.

¹⁰ G. von Rad, o.c. pg. 116.

¹¹ G.H. Wenham, *Genesis 1-15. Word Biblical Commentary* 1. Waco, Texas 1987, pg. 80.

ese día prefijado por el Señor de la historia y el género humano contemplará atónito cómo es posible vencer a cuanto se opone al reino que Dios quiso para los hombres. La madre Eva preanuncia a María, madre de quien motiva la esperanza.

Pero Eva también tiene otra cara: por su desconfianza entró el pecado en el mundo. Ese pecado de la madre primordial nos marca por su mal ejemplo. Otra madre nos enseñará a confiar, María de la Esperanza. Examinemos la tentación (Gn 3,1-7), escena perfectamente dramatizada: notad que todo es diálogo. En ella actúan dos personajes: la mujer y la serpiente¹². Esta conoce la prohibición, pero parece pretender una información de primera mano. Al exagerar el alcance de la misma, siembra el desconcierto en la mujer: ¿Acaso no le ha prohibido Dios comer de todos los árboles? La mujer responde adecuadamente: Pueden comer de todos, menos de aquel que está en medio del jardín, que pertenece en exclusiva a Yahvé. La serpiente entonces ataca a la fe por su base¹³, sembrando la desconfianza. Su insinuación es terrible: *Bien sabe Dios que en el momento en que comáis, se os abrirán los ojos y seréis como dioses*.

En estas palabras ha quedado diluida la prohibición. Eva pensó: ¿Y si fuera verdad que Dios no es fiable y sí egoísta y celoso de su ser y poder? ¿Existe, por tanto, la posibilidad de que se nos abran los ojos, no morir nunca y, como culmen, ser como dioses? Entonces es cuando la mujer parece que se da cuenta de que existe ese árbol que cuestiona su confianza. Su fallo radica en pensar que Yahvé no es el Dios fiel, no es veraz, que puede engañar al hombre: la raíz de todo pecado -nos enseña el texto- es la desconfianza¹⁴. La mujer coge del árbol y come, y le da del fruto a su marido, mudo y pasivo en toda la escena. Este lo acepta y también come. Eva ha puesto en marcha una fuerza que va a acabar con ella y con cuanto ella representa y es. Si el pecado de Adán es desobediencia, el de Eva es desconfianza. La madre primordial dudó de su Dios y rompió las relaciones propias del ser humano que Dios quiso. Se rompió la imagen y será Jesús y en él donde se recompondrá¹⁵.

María es la antítesis de Eva: a esta falta de fe confiada responde el sí de María al mensaje del ángel; ante la duda, la Virgen responde con un sí incondicionado. María se fía absolutamente de Dios, se entrega en sus

¹² D. Bonhöffer, *Creation and Falls*, Londres 1959, pg. 70.

¹³ C.F. Keil-F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament, 1. Pentateuch*. Grand Rapids, 1989, pg. 94-95.

¹⁴ J. Guillén, *Génesis. Texto y Comentario*. La Casa de la Biblia, Madrid, 1990, pg. 38-39.

¹⁵ P. Grelot, o.c. 332-335.

manos, sin pretender nada, sin objetar nada, sin esperar más que una cosa: servir. A la extraña y maravillosa propuesta que el ángel le hace, su respuesta es escueta: *Aquí está la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.*

Ejemplo de obediencia en Jesús y de confianza en María; el uno por su condición de Hijo, la otra por su conciencia de sierva. Si Jesús nos salva porque es el único que puede, María nos ofrece el ejemplo más directo y puro de lo que es entregarse en la manos del Dios salvador sin pedir nada a cambio. María es la esperanza pura y simple de quien cree como Abrahán y obedece como Jesús.

2. María, hija de Abrahán, se alza como ejemplo de esperanza.

En Génesis la palabra divina nos propone a Abrahán como prototipo del hombre creyente que esperó con fe ciega en el Señor, como la contrafigura primera a la desconfianza de Eva y a la desobediencia de Adán. San Pablo nos desvela la reciedumbre del alma del primer creyente: *Contra toda esperanza creyó Abrahán que sería padre de muchas gentes, ...; y no decayó su fe al ver su cuerpo sin vigor,... y amortecido ya el seno de Sara; ante la promesa de Dios no vaciló por falta de fe, sino que se robusteció en la fe, y dio así gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que ha prometido. Por eso se le contó como justicia (Rom 4,18-21)*¹⁶.

Cuando el ángel propone a María, virgen, ser la madre del Mesías, aduce como prueba la maternidad de Isabel, vieja y estéril como Sara. Dios, que ha conciliado la esterilidad con la maternidad, puede de la misma forma unir maternidad y virginidad, porque para Dios nada hay imposible, añade Gábel (Lc 1,37).

Esta apostilla es clave y nos lleva a otro pasaje de la vida de Abrahán. Tras largos años de espera, éste recibe a tres caminantes junto a su tienda. Cuando éstos le aseguran que dentro de un año Sara tendrá un hijo, ésta, que escucha detrás de la cortina, se ríe; y uno de ellos le pregunta: *¿Es que hay algo imposible para el Señor?* (Gn 18,14). En hebreo la frase es: *¿Es que hay alguna palabra difícil para el Señor?*; el griego conserva la forma hebrea; y la Virgen responde con igual vocablo: *Hágase en mí según tu palabra*; que se repetirá doce veces en el evangelio de Lucas, ocho de las cuales están en los primeros capítulos y siempre tienen el significado de mensaje que mira a la

¹⁶ P.Grelot, o.c. pg. 280-282.

llegada del Mesías¹⁷.

De cuanto hemos dicho podemos concluir que, de la misma manera que el patriarca vio maravillado que una estéril era madre, ahora una virgen soltera va a ser madre sin dejar de ser virgen; uno y otra han recibido con confianza absoluta la promesa y la han visto realizada. María, como el padre de la fe, recibe la palabra-promesa en un acto de fe pura y confiada; así ella se asimila al primer creyente y se convierte en madre de los creyentes, ejemplo de fe confiada.

Otro momento en que María se asemeja a Abrahán es en el acto de entrega de su primogénito. En el Magnificat, María engrandece al Señor porque: *Auxilió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como había prometido a nuestros padres, en favor de Abrahán y de su descendencia para siempre* (Lc 1,54-55)¹⁸. Este compromiso divino se justifica en la entrega que representó el sacrificio de Isaac. Abrahán es sometido a una prueba horrenda (Gn 22,1ss), recalcada por el triple título que lleva Isaac: tu hijo, el único, a quien quieres.

Isaac es el hijo de una muy larga espera de un padre viejo y una madre estéril. Durante diez capítulos (la historia tiene once) lo han esperado y, sin haber disfrutado de él, Dios se lo pide. Abrahán se ve ahora ante el dilema angustioso de escoger entre Dios y las promesas. Si Dios es justo, la orden de sacrificarlo es un absurdo, un despropósito, Dios se contradice. Pero el padre de la fe no duda: obedece y renuncia a todo por Dios en la oscuridad y pobreza más absoluta, ilógica e inhumana. Pero como a Yahvé nadie le gana en generosidad, le devuelve a Isaac vivo: entonces sí que ese hijo es totalmente gratuito, hijo de la gracia divina.

Esta experiencia es programa para los creyentes de todos los tiempos. La fe exige de cada individuo aquella disponibilidad que obliga a sacrificarse y, más aun, a sacrificar lo más valioso que uno tiene en aras de la obediencia al Señor. María, hija de Abrahán y modelo de creyentes, sigue los pasos de su padre: se fía absolutamente de Dios, se entrega en sus manos, sin pretender nada. Como Abrahán, María acompaña a su hijo al Moria y acepta su sacrificio al pie de la cruz. ¿Sabía María que Jesús resucitaría? Abrahán da a entender a sus servidores que el niño volverá con él. ¿Fe ciega? ¿confianza absoluta?

María sufrió como el patriarca su noche oscura, aceptó en la más

¹⁷ S. Muñoz Iglesias, *El evangelio de la infancia en San Lucas y las infancias de los héroes bíblicos*, EstBib 16 (1957) pg. 364.

¹⁸ I. Gomá Civit, *El Magnificat. Cántico de salvación*. Madrid 1982, pg. 159-181.

angustiosa de las entregas el sacrificio del único hijo que tenía. Dios se lo devolverá vivo y glorioso la mañana de la resurrección. María creyente se identifica con Abrahán: sabe que cuanto es y tiene, es don divino; su vida es buscar a Dios y su voluntad, y entregarse sin reticencias, sin que mengüe la confianza, aun cuando haya que sacrificar las mismas pruebas que tiene para creer y confiar en el Dios que la compromete.

María, antitipo de Eva y la seguidora más fiel de Abrahán, es la primera que da el paso de la fe en el orden nuevo iniciado por Cristo; es la primera cristiana. Isabel, llena de Espíritu Santo, así lo confiesa: *Bienaventura la que ha creído que se cumpliría todo cuanto le ha dicho el Señor* (Lc 1,45). María es proclamada la perfecta creyente por la boca del Espíritu Santo. Abraza a ambos testamentos: desde Eva a los testigos del Resucitado. Es el símbolo de todos los creyentes que esperaron el cumplimiento de las profecías y también el tipo de la comunidad cristiana que recibe con gozo el anuncio de que todo ha alcanzado su cumplimiento en Jesús. S. Agustín llegó a afirmar: *María es más bienaventurada por haber creído en Cristo que por haberle engendrado como hombre. La misma relacion de maternidad no le habría servido, si no hubiese llevado a Jesús en el corazón con mayor alegría que en su seno*. Pobre y llena de gracia, María es la sierva del Señor. Se pone totalmente en sus manos, en un acto de la más pura fe y esperanza. El Señor la ha preparado, pero ella le ha sido fiel.

En síntesis:

La fe de María es un acto de disponibilidad absoluta, de entrega en la más radical de las pobreza: da cuanto es y puede ser, lo que tiene y lo que puede tener. La sobriedad de su respuesta y de sus actitudes hacen resplandecer el esplendor de lo que la gracia divina hizo en ella.

La Virgen responde a su Padre y Dios con un acto de obediencia confiada: Soy la sierva, la esclava del Señor; frase en la que resuenan ecos del poema al Servidor Sufriente. Al saber que su cooperación es precisa en el plan de Dios, se entrega sin parar mientes en nada; con fe ciega y esperanza sin paliativos acepta una situación anormal y peligrosa: ser madre soltera. Y sus consecuencias: críticas, el desprecio y rechazo de su esposo, el deshonor. Todo ello es sopesado, aceptado en la obediencia, al servicio de Dios. La esclava no discute, se pone en manos de su Señor.

La Madre de Jesús y Madre nuestra nos da un ejemplo radiante de esperanza. Toda su vida fue un acto de confianza, una entrega sin condiciones. El mensajero le ha explicado su misión: ser la tienda del nuevo encuentro con Dios, que la nube del desierto la guiará, que el poder del

Todopoderoso la cubrirá con su sombra; cuando se ha enterado que Isabel, vieja y estéril está encinta, signo de que el plan divino está en marcha, accede y se pone al servicio de su Señor.

Estos textos, vistos a la luz de la Virgen, nos hablan de la fe bíblica: la iniciativa parte de Dios (su gracia, su palabra); sacude al hombre y hace que cuestione su propia existencia; después, iluminado por la palabra de Dios y ayudado por el Espíritu Santo, confía en ese Dios y se pone a su servicio. María es nuestro ejemplo que nos hace olvidar el que Eva nos dio.

Aquí y así termino. Más que una ponencia me ha salido una especie de meditación en voz alta. Por supuesto queda aún mucho por decir del mensaje que el Antiguo Testamento encierra sobre nuestra Madre del Cielo, motivo y ejemplo de nuestra esperanza. Ella nos enseña como madre, creyente, catequista y guía; ella nos revela a nuestro único Padre, Dios; hace de Jesús nuestro hermano y de la Palabra encerrada en la Biblia la luz para nuestros pasos. María, sierva y madre de Dios, hija de Sión y nueva Jerusalén es un tesoro de donde, parafraseando al evangelio, el creyente puede sacar cosas nuevas y viejas (Mt 13,52).

María de la Esperanza, enséñanos a ser como tú fuiste.